



Recep Tayyip Erdoğan anuncia en un discurso emitido por televisión su triunfo en las elecciones del 24 de junio.

ERDOGAN afianza una segunda década en el poder

El presidente turco, imbatible en las urnas, se consolida como el «hombre fuerte» que ha conquistado a su población y cuya política marcará el devenir de Oriente Próximo

EL corazón de Anatolia no ha podido resistirse al carisma de quien ha sido criado a las faldas del Bósforo y se ha abierto paso en la vida a codazos. Con apoyo suficiente y sin necesidad de una segunda ronda, el presidente islamista y su Ejecutivo se dirigen hacia un sistema unipersonal que controle los tres poderes del Estado. Así lo decidió la

mayoría del electorado turco cuando el pasado 24 de junio acudió a votar en unas dobles elecciones presidenciales y legislativas. Aunque según el informe de la misión de la Oficina para Instituciones Democráticas y Derechos Humanos de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa, «los comicios se desarrollaron en un ambiente que favoreció al partido gobernante y al presidente».

Esta vez el registro de participación —87 por 100— fue uno de los más altos de la historia del país, que cuenta con más de 80 millones de habitantes. También fue la sexta ocasión en cinco años en la que los anatolios fueron llamados a unos comicios. Ni el estado de excepción, que se prolonga desde el fallido intento de golpe de Estado de 2016, ni la debacle económica —la lira turca se ha devaluado en el último

Una de las primeras medidas tras su victoria fue emitir un decreto por el que hacía una purga de 18.500 funcionarios

año un 35 por 100 respecto al euro y los precios se han elevado en un 11 por 100 en 2018— han conseguido frenar al candidato del conservador e islamonacionalista Partido Justicia y Desarrollo (AKP), Recep Tayyip Erdogan.

En coalición con el Partido de Acción Nacionalista (MHP), a quien en el año 2011 el actual presidente calificó de «endemoniado», los renovados *soldados de Alá* obtuvieron el control del Parlamento: 295 escaños fueron a parar al AKP, a los que se le sumaron los 48 que le aportaba su socio, de un total de 600 diputados y que colocaron a la coalición en mayoría absoluta. Concretamente, el 53,6 por 100 de los electores votó a favor del partido en el Parlamento y el 52,5 por 100 lo hizo para que Erdogan ocupara de nuevo la Presidencia. «Si el AKP hubiese ganado la mayoría parlamentaria sin los ultranacionalistas podríamos esperar una alianza cortoplacista, pero ahora necesitan a ese partido», explica a la *Revista Española de Defensa* el sociólogo turco e investigador en la Universidad de Hacettepe (Ankara) Barış Tugrul.

De hecho, entre los elegibles surgieron nuevos rostros que aportaron emoción a la precipitada carrera electoral, como el de la nacionalista Meral Aksener, que lideró la candidatura del Partido Bueno (IYI), una excisión del MHP y que obtuvo 43 escaños. Por su parte, el líder del pro-kurdo e izquierdista Partido Democrático de los Pueblos (HDP), Selahattin Demirtas, que consiguió 67 escaños, llevó a cabo su campaña electoral desde prisión. A Demirtas se le imputan varios cargos, entre los que se encuentra prestar apoyo al Partido de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) —considerado como grupo terrorista en Turquía y en la Unión Europea— que él rechaza.

Aunque la nota discordante llegó de la mano del candidato kemalista del Partido Republicano de los Pueblos (CHP), Muharrem Ince, que se convirtió en la esperanza para los seculares y socialdemócratas y el principal

adversario de Erdogan con 146 escaños. «¿Robaron votos?, sí. ¿Robaron 10 millones de votos?, no. La diferencia entre Erdogan y su principal rival es de 10 millones de papeletas. Acepto el resultado», asumió con deportividad el aspirante al cargo Muharrem Ince, pero, al mismo tiempo, alertó de que «Turquía entra en un proceso peligroso. Ha cortado sus lazos con los valores democráticos y el sistema parlamentario. Estamos ahora totalmente bajo un régimen de un solo hombre».

Erdogan tendrá también potestad de nombrar a gran parte de la cúpula de la Judicatura y solo si pudiera demostrarse que ha cometido un delito y con el apoyo de tres quintos de la Cámara podría ser destituido de su cargo. De esta forma, el líder del AKP podría llegar a sumar dos décadas consecutivas de gobierno del Estado en el año 2023, fecha en la que se celebra el centenario de la República de Turquía, fundada por Mustafá Kemal Atatürk, considerado el padre de los turcos. Atatürk,



Depo Photos/EE

Seguidoras del Partido Justicia y Desarrollo celebran en las calles de Ankara, la victoria conseguida y que lleva a su líder a ser presidente y jefe de Gobierno.

PODER ABSOLUTO

Erdogan, que lidera el país desde el año 2002 de forma ininterrumpida, tomó posesión de sus cargos con todos los honores el pasado 9 de julio. Tal y como estipula la reforma constitucional aprobada en el año 2017, lo ha hecho como jefe del Estado y del Gobierno, aunque no desaparecerá la figura del primer ministro, cargo que ocupa actualmente el diputado del AKP, Binali Yıldırım. En este nuevo periodo político, el Parlamento no podrá convocar al presidente ni dirigirle preguntas.

que creó un sistema laico, fue acusado de extremismo secular por los islamistas tras proscribir la poligamia, clausurar las escuelas teológicas, permitir el divorcio, prohibir el uso del *hijab* (velo islámico) en las instituciones públicas y sustituir la *Sharia* (ley islámica) por un código civil de inspiración occidental, muy diferente al que quiere implantar el actual presidente, un hombre hecho a sí mismo.

Y es que, no quedan voces en Turquía que puedan mellar el aura ganadora del chaval que vendía rosquillas



Ashraf Amra/EE

Palestinos de Gaza con retratos de Erdogan como símbolo contra Israel.

El secreto de un ascenso

CRIADO a las orillas del mar Negro, en la pequeña localidad costera de Rize, Recep Tayyip Erdogan, fue educado en una familia de clase media-baja. Creció en Estambul donde cursó sus estudios en una *Imam Hatip* —escuela coránica turca— para, posteriormente, licenciarse en Empresariales en la Universidad de Marmara. En su época universitaria se afilió a las juventudes nacionalistas islamistas y todavía a día de hoy, es un destacado miembro de los *Hermanos Musulmanes*. Fue entonces, a sus 20 años, cuando este joven absorbió las lecciones de Necmettin Erbakan, quien fue el primer líder islamista de la Turquía moderna y efímero primer ministro (1996-1997) empujado a renunciar por la cúpula militar. También de Abdullah Gül, uno de los políticos con quien, mucho más tarde, formaría el Partido Justicia y Desarrollo (AKP).

En la década de los 80 y siendo alcalde de la capital del país, Ankara, Erdogan se convertiría en el mártir de los islamistas turcos al recitar en público un poema del ideólogo panturquista Ziya Gökalp, que le valió cuatro meses de cárcel. Sin embargo, tras abandonar la prisión, destacó por sus aspiraciones políticas y sus iniciativas sociales. Supo reconocer cuáles eran las carencias de una sociedad abandonada durante décadas a su suerte por parte de la administración pública. Con él como alcalde, el agua corriente llegó a la metrópoli estambulita en la década de 1990. También mejoró la seguridad, la limpieza de las calles, los servicios públicos y el sistema sanitario. Erdogan, que creció a las orillas del Cuerno de Oro, consiguió gracias a sus políticas públicas el voto de los islamistas de la capital comercial del país, muchos de ellos pertenecientes a la nueva clase empresarial turca. Sin embargo, dos décadas después, la burbuja económica estalló en el país euroasiático y el Gobierno se vio obligado a aplicar una política austera, muy contraria a la que venía implementando. En estas circunstancias, el Banco Central podría subir los tipos de interés, lo que afectaría directamente a la economía doméstica de los anatolios y quizás al incontestable respaldo con el que cuenta el presidente. También la constatación de los frecuentes casos de corrupción a nivel político salpican directamente a Erdogan y su entorno más cercano, incluso su familia. Desde su lujoso palacio de *Ak Saray*, el presidente turco ha creado un sistema en el que cada vez es más poderoso, pero también se encuentra más solo. Por lo tanto, serán su capacidad de oratoria, las redes clientelares construidas en esta nueva etapa y la proyección de su carisma con el que conquista a las masas, las herramientas con las que el «califa de Estambul» cuente para conservar su trono en esta nueva etapa política.

saladas en el modesto barrio de Kasimpasa (Estambul) y que aspiraba a recuperar sus raíces islámicas y otomanas de la gran Anatolia. De su mano, los hijos del Islam toman la revancha al laicismo en la Nueva Turquía, el proyecto megalómano del presidente —un símil de su lujoso palacio, *Ak Saray*, construido en la capital, Ankara, y al que se habrían destinado 300 millones de euros—, al que se ha dedicado desde su llegada al poder. Como él mismo indica una y otra vez (y en múltiples ocasiones lo hace con solemnes discursos pronunciados desde el palco de su palacio), su proyecto venga a los piosos que durante décadas fueron «oprimidos» por los estamentos afines al kemalismo: el Ejército, el sector de la educación, los funcionarios y los medios de comunicación.

«Es verdad que hay un núcleo duro que cree realmente que Erdogan es un héroe, un líder mundial que no cede frente a los supuestos enemigos exteriores. Sin embargo, existe otra gran mayoría que le vota porque tiene miedo a un cambio, que no puede imaginar cuáles serían las consecuencias y ser víctimas de las mismas. Por ejemplo, todos los sectores que sufrían bajo el régimen kemalista aún tienen memoria colectiva, y temen que otro candidato como Muharrem Ince, que proviene de la misma tradición, pudiera vengarse de ellos una vez llegue al poder. Los turcos tiene las mismas aspiraciones que los ciudadanos de cualquier otro país: estabilidad política y seguridad en su sentido más amplio, y en la actualidad y a pesar de la crisis social, que encuentra sus raíces en una crisis económica, Erdogan sigue siendo la única alternativa», explica Tugrul.

De hecho, la primera medida que ha llevado a cabo el Gobierno ha sido proceder al despido de 18.632 trabajadores públicos —policías, militares y funcionarios— mediante un decreto, publicado bajo estado de emergencia. Con esta acción, el Ejecutivo termina de acallar las voces disidentes, que se suman a los más de 130.000 trabajadores que han sido purgados de sus puestos (y muchos de ellos encarcelados) desde la fallida asonada de 2016. No podrán volver a ser empleados en



Dos de los candidatos de la oposición turca —a la izquierda, Muharrem İnce, del Partido Republicano de los Pueblos, y a la derecha Meral Akşener, del nacionalista Partido Bueno— en sendos mítines durante la campaña electoral.

el sector público ni privado y se les ha retirado el pasaporte. En esta operación política además fueron prohibidas doce asociaciones, tres periódicos —izquierdistas y prokurdos— y un canal de televisión.

POLÍTICA EXTERIOR

La deriva islamista del Ejecutivo turco también tiene un impacto directo sobre

su política exterior. En los últimos meses, Anatolia ha estrechado posiciones con los vecinos del este, abandonando la ilusión por aspirar a formar parte de la Unión Europea.

«Turquía se acerca cada vez más a regímenes parecidos al suyo, como son los de Oriente Próximo. El país parece alejarse del mundo occidental, pero más pronto que tarde la realidad

política mostrará su mano más dura: el sistema económico y financiero mundial determina las políticas a seguir en Turquía. Pero alejarse de la Unión Europea y de la Alianza Atlántica tendría unas graves consecuencias y el país no tiene recursos suficientes para afrontar ese desastre económico», asegura el investigador turco Tugrul.

En las próximas semanas el presidente Recep Tayyip Erdogan tendrá que definir la hoja de ruta que ha de seguir Anatolia sobre las operaciones militares que siguen activas en Siria e Irak, donde el Ejecutivo pretende debilitar, a toda costa, las posiciones de las facciones afines al PKK, y donde Ankara se ha implicado de manera directa con bombardeos e, incluso, mediante incursiones de fuerzas terrestres para apoyar a las tropas leales al gobierno sirio y evitar cualquier atisbo de creación de una región autónoma kurda al norte de Siria.

Además, el clima de desconfianza sembrado entre Ankara y Washington podría también reflejarse en cuestiones que continúan siendo discutibles entre ambos países, como las sanciones a Irán, la causa palestina y el apoyo a Israel, también socio comercial de los islamistas turcos.

Beatriz Yubero



Soldados turcos durante unas maniobras el pasado enero en la localidad de Hatay, en la frontera con Siria. Días antes se confirmó la primera ofensiva turca en suelo sirio.